

TERRITORIOS  
INHABITABLES

*Colección Narrativas Oblicuas*

# TERRITORIOS INHABITABLES

Alberto Trinidad

obvcuas.  
ediciones

**© Los territorios recobrados (2016-2019)**

**(Una *trilogía* de cuatro novelas autónomas, que se remiten entre sí, compuesta por *Territorios inhóspitos*, *Territorios sonámbulos*, *Asterisco de mar y alga sobre las rocas* y *Noche etcétera*)**

**Si deseas más información sobre estas u otras obras del autor, puedes escribirle aquí: [alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com](mailto:alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com)**

© 2023, Alberto Trinidad

© 2023, Ediciones Oblicuas

[info@edicionesoblicuas.com](mailto:info@edicionesoblicuas.com)

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

Primera edición: 2023

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Ilustración de portada: Héctor Gomila

Imprime: ULZAMA

ISBN: 978-84-19246-70-7

Depósito legal: B-1717-2023

ISBN Ebook: 978-84-19246-71-4

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/Lluís Companys nº 3, 3º 2ª.

08870 Sitges (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# 1

Cuando llegué a casa aquel día, ella ya no estaba allí. No me hizo falta buscarla en su despacho, el cuarto de baño o en el desván: nada más entrar, sentí (olí) la ausencia de su cuerpo como el presagio de una ausencia permanente. Rebusqué en sus armarios y cajones y me lo encontré todo tal cual, no faltaba nada, y aun así me inundaba la certeza de que Valeria había desaparecido. No sé explicar de dónde nacía esa seguridad. Llegué a casa, introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta, encendí la luz, y sentí su ausencia calándome hasta los huesos como un infernal escalofrío que me sacudiera de arriba abajo.

Inmediatamente me senté en el sofá, con esa calma sonámbula que afecta a quien se encuentra en *shock* y no atina a encajar su cuerpo en el escenario correspondiente; y la llamé por teléfono. Eran las once de la noche. Valeria acababa las clases ese día a las seis, y cuando se entretenía luego tomando una cerveza con algún compañero, haciendo unas compras o yendo a cualquier parte que hubiera escogido, raramente llegaba a casa pasadas las diez. Pero no se trataba solo de eso,

repito: su ausencia me calaba en el tuétano. Como un pájaro de mal agüero vaticinando su desaparición definitiva.

Su móvil estaba apagado. La llamé tres, cuatro veces más y le dejé varios mensajes durante la siguiente hora, sin respuesta alguna. A medianoche salí a la calle y comencé mis pesquisas. Rastree el barrio, la ciudad entera, pregunté a las personas a quienes sabía debía interrogar en estos casos; y lo mismo hice al día siguiente, a plena luz, en la universidad donde impartía sus clases, en los lugares que solía frecuentar... Y al día siguiente, y al otro. Pero nadie tenía ni idea de nada. Ninguna pista, ningún señuelo que me indicara qué podría haberle ocurrido. Denuncié el caso a la policía, pese a la poca o nula confianza que tengo en el Departamento. Si alguien como yo no es capaz de resolver un caso como este, qué van a conseguir esa pandilla de burócratas, patrulleros y meapilas. Aun así, no quise desestimar ninguna opción que me permitiera recuperarla...

Enseguida me arrepentí. Estuve a punto de partírle la cara a más de uno de esos retrasados al comprobar el desdén con el que me trataban. Leía lo que pensaban en sus ojos, en los desdeñosos gestos estúpidos de sus caras: Otra mujer que abandona a su marido porque no lo aguanta más, porque no sabe satisfacerla como es debido. Leía en sus miradas de hombres de las cavernas lo que me querían transmitir: Si hubieras estado a la altura, si fueras un macho de verdad, no se te habría escapado, marica, a mí eso jamás me pasaría porque yo sé cómo hay que tratar a esas zorras. Eso es lo que me decían los ojos de esos hombres. Pero Valeria no me había abandonado, de eso estaba seguro, a Valeria la habían secuestrado. Alguien se la había llevado en contra de su voluntad. Y comprobar la indolencia con que se tomaban el asunto en la comisaría me sacó de quicio.

Y hasta es posible que sí, que en algún momento, casi sin darme cuenta, se me escapara la mano y le reventara la cara a uno de esos oligofrénicos perdonavidas.

Pasaron las semanas sin novedades. Los días desde su desaparición (incluso los que la precedieron) se me amontonan unos sobre otros sin que logre distinguirlos con claridad. Como un magma de horas, investigaciones, entrevistas y vagabundeos que me ahogaban. Que me ahogan. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Escudriñé en su ordenador en busca de algún indicio que pudiera ayudarme, cualquier detalle con el que abrir una vía de investigación. El nombre de algún contacto desconocido por mí, alguna dirección de algún lugar al que hubiera podido ir sin que yo lo supiera, en donde pudiera haber entablado amistad con alguien... peligroso.

Pienso en la lluvia. Aquel día fatídico llovía a cantaros. Una lluvia agresiva, de esa que arremete contra uno a bandazos, en cualquier dirección, y contra la cual es imposible protegerse. El paraguas que llevaba encima acabó roto, en equilibrio sobre una papelera rebosante, como una marioneta descoyuntada que ya no atiende las órdenes de ningún titiritero... Pienso en la lluvia, en toneladas de agua cayendo de un cielo opaco durante horas enteras, y ahora mismo no puedo dejar de relacionar esa imagen con la desaparición de Valeria. Como si una cosa fuera consecuencia de la otra, o su punto de inicio.

Visité a sus amigos y a sus compañeros de la facultad, incluso tragué bilis y llamé al imbécil de su hermano, tan arrogante como siempre; ninguno de ellos me ofreció ninguna información útil. Sin embargo, lo que llamó más mi atención en estas últimas entrevistas no fue tanto esa carencia de datos como la indiferencia con la que todo el mundo parecía

tomarse su ausencia. Su hermano incluso se reía, el subnormal de su hermano se rio cuando le expliqué que Valeria había desaparecido: «Como si no estuviera acostumbrado a sus locuras», me dijo. Y carcajeó, con ese tono de suficiencia que gasta, de ajustarse los gemelos y el cuello de la camisa bajo un traje de cuatro mil euros. Sus amigos más cercanos tampoco parecieron darle mayor importancia. «Se habrá ido de viaje», decían; «Hace tiempo que quería ir a...». Y en la universidad, no encontré a nadie que considerara que haber abandonado las clases en mitad del curso fuera algo tan inaudito.

Nunca confíe en la gente. Jamás me sentí como ellos. Y ahora parecía que me lo estuvieran echando en cara: «Valeria no ha desaparecido, simplemente te ha abandonado. Se ha ido, y cualquier día regresará, tal vez con otro hombre, una nueva vida, y se reincorporará a sus clases, volverá a tomarse unas cervezas con nosotros en el bar de la esquina y a asistir a los mismos seminarios de siempre, sin ti, con nosotros».

Pero Valeria me amaba, me ama, más de lo que nadie pueda imaginar; y ellos, los demás, no tienen ni idea del significado verdadero de ese amor.

Pienso en la lluvia. En toneladas de agua cayendo de un cielo opaco durante horas enteras, días, años. En violentas rachas azotándome el cuerpo con látigos húmedos, chorreándolo de sangre y lluvia. En la lluvia. Pienso en esa lluvia que se desató sin contemplaciones, sin avisar, arremetiendo contra el mundo desesperadamente. Y pienso en los ojos de Valeria, grandes y profundos como calmados océanos de incontables reflejos. En su sonrisa traviesa que invita a juegos retorcidos.

¿En qué momento dejo de pensar en lo que hice, en lo que pasó, y me pongo a pensar en lo que hago, en lo que está